

¡NO ME OLVIDEN!

NOTA

El siguiente relato ha sido adaptado a conceptos más mundanos para ser fácilmente reconocibles para el lector. Algunas de las expresiones, lugares y situaciones han sido adaptadas... pero solo un poco.

La vida real de los personajes de este relato es mucho más dura de lo que parece.

En serio.

La realidad de Gamma era un caos. Pero un caos funcional.

Allí, las creencias de otras realidades se materializaban dando forma a sus miedos, sus anhelos y, especialmente, a sus dioses. Así había sido desde tiempos inmemoriales. Si dos personas con ego son difícilmente soportables, imagínense lidiar con cientos de dioses.

A simple vista, aquel lugar podría recordar a un mercado medieval en un día de fiesta: dioses de todas las épocas y culturas pululaban entre etéreas columnas de luz flotante, nubes doradas y una suerte de templos que iban y venían dependiendo de la cantidad de fe que les llegaba desde las diferentes realidades cercanas.

En lo que podría considerarse la Gran Plaza Celestial, Odín gritaba furioso sobre algo relacionado con su imagen pública, Visnú flotaba plácidamente sobre un loto ignorando el drama, y Buda intentaba, sin éxito, que Zeus dejara de cobrar derechos de autor cada vez que alguien mencionaba los truenos.

En medio de todo aquel bullicio, a las puertas de la Oficina de Estado de Fe Divina, una mujer estaba teniendo un ataque de pánico.

—A ver si me lo explico bien —dijo Mari, frotándose las sienes—. ¿Me estás diciendo que tengo tres creyentes?

El escriba, un querubín con pinta de becario explotado, revisó su pergamino y respondió con una sonrisa profesional.

—Sí, exacto. Tres activos seguidores en su realidad de origen.

Mari cerró los ojos y respiró hondo.

—Dime quiénes son.

—Bueno... —El querubín revisó su lista—. El primero es un anciano en un lugar al que llaman Guipúzcoa que murmura su nombre cuando llueve.

—Ajá. Muy devoto, seguro. ¿Y el segundo?

—Un pintor en Bilbao que siempre usa su símbolo... pero cree que es una runa vikinga.

Mari se masajeó la cara.

—Perfecto. Me confunden con un grabado escandinavo. ¿Y el último?

El querubín se aclaró la garganta.

—Bueno... es un tipo raro que cree que usted fue un ser legendario.

Hubo un silencio tenso. Mari pestañeó dos veces. No una. Dos.

—Dime que es broma.

—Me temo que no, señora. Incluso hizo lienzos de usted.

—... ¿Y al menos están bien hechos?

—Mire, para ser honesto, le puso cola de dragón y espadas en los brazos.

Mari inhaló y exhaló.

Inhaló y exhaló otra vez.

—Estoy jodida.

El querubín se acercó con simpatía profesional.

—Bastante.

* * *

Gamma tenía un sistema simple: cuanto más fuerte fuera la fe en una deidad, más sólida era su existencia en aquel plano.

Para dioses con una cantidad ya absurda de creyentes —como los del Olimpo, el Panteón hindú o las grandes religiones monoteístas— la vida era cómoda. Tenían

templos flotantes, seguidores fieles y bufets celestiales con ambrosías de credo, elixir del rezo y canapés de blasfemia. Todo un lujo.

Para los dioses menores, las cosas eran más difíciles. Si la gente dejaba de creer en ellos... desaparecían.

Mari no estaba en la peor situación posible —aquel título lo tenía un dios babilónico que trabajaba de camarero en la taberna del Valhalla—, pero si su número de seguidores seguía cayendo, pronto le tocaría hacer malabares en el cruce del Nirvana con el Inframundo para ganarse la eternidad.

—Vale —dijo, sacudiéndose el polvo de la túnica—. No puedo quedarme de brazos cruzados. Voy a hacer algo al respecto.

—¿Y qué va a hacer exactamente? —preguntó el querubín.

Mari lo miró con los ojos encendidos.

—Voy a la Asamblea de Dioses. Alguien tiene que ayudarme.

Dio media vuelta sin dejar al querubín siquiera derecho a réplica.

—Corre, corre, que verás la fiesta que tienen montada —murmuró el querubín para sí mismo.

* * *

La Gran Asamblea Celestial era un absoluto desastre. Siempre lo era.

Nadie había conseguido nunca que una reunión de dioses fuera productiva, aunque tampoco nadie lo había intentado con demasiado ahínco. Las sillas estaban ocupadas a medias, tres debates simultáneos se pisaban entre sí sin que nadie se molestara en ceder la palabra, y en algún rincón del fondo alguien —probablemente fenicio— había encendido incienso sin permiso a nadie, lo cual había desencadenado una discusión paralela sobre derechos de olfato que llevaba ya cuarenta minutos sin resolverse.

En un trono tallado en tormentas, Zeus estaba ocupado revisando demandas por el uso indebido del trueno.

—¿Qué quieres decir con que Thor no me está pagando derechos?!

—Señor, es un caso complicado. Técnicamente, el trueno es un fenómeno natural...

—¡Un fenómeno natural mis destellos! Yo lo inventé.

En otra esquina, Odín estaba histérico.

—¡He visto el futuro! ¡Me van a convertir en un personaje de dibujos! ¡MARAVILLA! ¡¿Cómo voy a recuperar mi dignidad después de esto?!

Cerca de él, Buda sorbió su té con una serenidad calculada.

—Debes soltar la ira, hermano.

—¡Suéltame tú, monje pacifista, que voy a prenderle fuego a Maribel!

—Marvel —corrigió Buda.

—¿Qué? —preguntó Odín, extrañado.

—Que se va a llamar Marvel, no Maribel —apuntilló Buda con cierto aire de orgullo.

—¡¿Qué sabrás tú?! —replicó Odín.

Mari, allí presente desde hacía rato carraspeó para hacerse notar.

—Ejem. Diosa olvidada aquí. ¿Alguien puede ayudarme?

El Salón quedó en silencio. Todos la miraron. Luego alguien se rio por lo bajo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Amón-Ra.

—Mari. Diosa suprema del pueblo vasco. Protectora de la naturaleza, de las tormentas, de los valles...

—Y madre de dragones —añadió un querubín desde su rincón, consultando el pergamino sin levantar la vista.

Mari lo miró fijamente, casi atravesándole con la mirada.

—Eso no está en ningún registro oficial.

—No, señora. Pero aparece en varias profecías no canónicas de dudosa procedencia. Lo he archivado en el cajón de «por si acaso».

—Oh, espera —interrumpió Zeus chasqueando los dedos—. ¿No eras una bruja?

Mari apretó los dientes.

—¡NO ERA UNA BRUJA!

Thor asintió pensativo.

—Yo tenía entendido que eras un espíritu de montaña.

—¡Que no soy un maldito duende de las nieves!

El Salón estalló en carcajadas. Mari sintió como su paciencia se desintegraba como un sacrificio mal hecho.

—Vale, escuchadme bien, panda de divinidades acomodadas —alzó la voz—. Estoy perdiendo creyentes y si desaparezco, se perderá una parte de la historia de mi gente. Necesito ayuda.

Los dioses intercambiaron miradas. Finalmente, Zeus suspiró y se inclinó sobre su trono.

—Lo siento, pero no podemos hacer nada.

—¿Cómo qué no?

—Las reglas son claras. Si los mortales dejan de creer en ti, es tu problema.

—Vamos, Mari —dijo Amón-Ra—. Nosotros también tenemos problemas.

—¡¿TÚ TAMBIÉN?!

—Sí. La gente ahora cree que todos los faraones eran alienígenas. Estoy hasta los cojones de las pirámides.

Mari sintió que la cabeza le daba vueltas. Se levantó, apretando los puños.

—Está bien. Si nadie va a ayudarme, lo haré yo sola.

Dio media vuelta y salió de la Asamblea decidida a hacer lo imposible. «Voy a recuperar a mis creyentes»,

pensó. «Aunque tenga que hacer el ridículo en el proceso.»

* * *

Si había algún rincón deprimente en la realidad Gamma, ese era, sin lugar a dudas, El Barranco de las Divinidades Olvidadas.

Allí donde los templos no brillaban en oro ni flotaban en majestuosas plataformas celestiales, sino que se desmoronaban como recuerdos a punto de desvanecerse. Calles rocosas torcidas, ídolos rotos que nadie se molestaba en reparar, carteles polvorientos que ofrecían «milagros garantizados».

Tláloc, el gran dios de la lluvia, se sentaba detrás de un puesto improvisado con un letrero torcido: «LLUVIAS A PEDIDO - DESCUENTOS EN TORMENTAS CON TRUENO». Una entidad etérea negociaba con él.

—Mi viñedo está seco. Necesito lluvia.

Tláloc revisó su papiro con gesto aburrido.

—A ver... Si quieres una llovizna ligera, dos gallinas. Si quieres algo más fuerte, un barril de vino.

—¡Eso es un robo!

El dios de la lluvia bufó, dejando caer un poco de agua sobre su palma.

—Bueno, pues pídele lluvia a otro, a ver si te responde.

El campesino se quedó en silencio. Tláloc sonrió con suficiencia y extendió la mano para recibir el pago.

Más adelante, Hades estaba sentado en un banco de piedra con expresión de funeral.

Mari se acercó.

—¿Qué haces aquí?

El dios del Inframundo suspiró con resignación.

—Desde que los mortales empezaron a creer que la vida después de la muerte es solo una superstición, los muertos han dejado de tomarse el Inframundo en serio.

—¿Cómo que no se lo toman en serio?

—¡Se me están escapando los fantasmas! Antes, cuando morían, sabían a dónde ir. Ahora tengo huidas nocturnas en el Tártaro.

En una esquina de la plaza, Thot impartía clases a cambio de ofrendas. Su templo, antaño imponente, tenía ya los muros agrietados.

—Todo lo que sabéis sobre Egipto es mentira —decía con voz cansada—. No, las pirámides no fueron construidas por alquimistas. No, no eran códigos ocultos de los rosacruces. No, no fueron diseñadas por viajeros del futuro. Fueron construidas por egipcios. ¡Por EGIPCIOS!

Golpeó la mesa con tal fuerza que uno de sus pergaminos cayó al suelo. Mari lo recogió y se lo entregó.

—Tienes problemas, ¿eh?

Thot la fulminó con la mirada.

—Si vuelvo a escuchar a alguien decir que los dioses egipcios eran extraterrestres, voy a invocar una plaga de cucarachas silbadoras de Madagascar que no van a saber dónde meterse.

Mari le palmeó el hombro con delicadeza.

—No te culpo.

Durante horas, los tres dioses olvidados ofrecieron sus brillantes sugerencias:

—Tienes que encontrar una moda espiritual y colarte en ella —dijo Tláloc.

—Tienes que convencer a los nobles de que sigues siendo relevante —propuso Hades.

—Tienes que manipular la historia para que los humanos hablen de ti —añadió Thot.

Mari entrecerró los ojos.

—¿Alguno de vosotros ha recuperado su gloria divina con alguno de estos métodos?

Los tres se miraron.

—No —respondió Tláloc.

—Ni de coña —bufó Hades.

—Estoy a un paso de escribir panfletos bajo seudónimo —confesó Thot.

Mari se frotó la cara.

—Genial. Estoy buscando consejo entre fracasados.

* * *

A pesar de todo, Mari probó cada una de aquellas ideas. Y todas ellas fueron, sin excepción alguna, un absoluto desastre.

En el primer intento, decidió que proyectarse en mitad de un ritual clandestino en París, donde un grupo de nobles jugaban a ser ocultistas podía ser una buena opción. En que momento y por que pensó tal cosa, es inexplicable.

—¡Hermanos! —gritó el líder de la reunión—. ¡Esta noche canalizaremos la sabiduría de los dioses!

Mari aprovechó la ocasión y dio un paso adelante alzando los brazos con majestuosidad.

—¡Aquí estoy! ¡Yo soy una diosa!

Todos la miraron con desconfianza.

—¿Eres Hermes Trismegisto? —preguntó uno.

—No.

—¿Eres un Maestro Ascendido?

—¡NO! ¡Soy la diosa Mari!

—Lo siento, pero tu vibración no es lo suficientemente mística —respondió el más joven de los presentes.

Los ojos de Mari se encendieron como brasas, más por la ofensa de aquel desprecio que por ver sus planes frustrados.

—Qué mi vibración no es... ¡¿pero tú te has visto la cara de niño rata?! —replicó Mari exaltada.

Dos sirvientes la agarraron por los brazos y la arrojaron fuera del salón.

En el segundo intento, se manifestó en el cielo del País Vasco acompañada de un resplandor sobrenatural. En la aldea más cercana, los campesinos miraron la tormenta con indiferencia.

—Vaya día de mierda.

—Sí. Vámonos al txoko.

Mari observaba, incrédula, cómo toda la población se metía en el bar.

—Pero ¡qué os pasa! ¡Mirad arriba, madarikatua!

La cosa pintaba más fea de lo que en un principio pensaba si en su propia tierra, el lugar donde la habían venerado durante siglos, la confundían con una simple tormenta.

En el tercer intento, decidió ir a la fuente. Si nadie hablaba de ella en los salones ilustrados de Europa, probaría suerte en su propia tierra, entre su propia gente. Al fin y al cabo, ¿quién mejor para recordar a una diosa vasca que los propios vascos?

Se manifestó, eso sí, con prudencia, sin rayos ni resplandores excesivos, en la sociedad gastronómica de un pueblo de Gipuzkoa, donde un grupo de hombres llevaba ya tres horas discutiendo sobre el punto exacto del chuletón y sobre si el bacalao al pil-pil se ligaba

mejor en cazuela de barro o de hierro. La discusión, por lo visto, venía de generaciones atrás y no tenía visos de resolverse aquella noche.

—Soy Mari —anunció, con la dignidad que la ocasión merecía—. Diosa de estas montañas desde antes de que existiera el primer caserío. He venido a que me recuperéis en vuestras historias, en vuestras canciones.

Los hombres la miraron por encima de la txapela. Uno de ellos, el más viejo, dejó la sidra a medio escanciar y entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Y de qué baserri dices que vienes?

—No vengo de ningún caserío. Vengo de Anboto.

—Ah. Forastera, entonces.

Otro, sin levantarse del banco, alzó la kupela hacia ella en un gesto que no era exactamente de bienvenida.

—Mira, maja, aquí ya tenemos suficiente lío con si el chuletón se hace a la brasa de carbón o de leña. No tenemos sitio para una diosa más.

—¡Pero si yo ya estaba aquí antes que vuestro chuletón!, ¡antes que vuestra sidra!, ¡antes que vuestra sociedad gastronómica!

—Eso lo dice todo el mundo —respondió el viejo, sin inmutarse, y volvió a verter la sidra desde lo alto con el brazo extendido, sin derramar una gota, con la soltura de quien ha hecho ese gesto diez mil veces y no piensa interrumpirlo por una visita divina.

Mari se quedó allí, con los brazos cruzados, esperando una reverencia. Una reverencia que, lógicamente, nunca llegó.

Nadie le ofreció ni siquiera un txotx. Y eso sí que era doloroso.

Pero la terquedad de Mari no se daría por vencida. No en su tierra.

Probó suerte con un bertsolari que improvisaba en la plaza del pueblo, segura de que un poeta capaz de rimar en directo sabría reconocer a una diosa cuando la tuviera delante.

Pues no.

No la reconoció.

Le pidió un tema para improvisar sobre la marcha, convencido de que era una vecina con ganas de fiesta y un par de versos en la manga.

—Algo sobre las cosechas, anda —le dijo, ofreciéndole el txistu como quien pasa el testigo.

Mari, ya sin paciencia, intentó hacerse notar con una pequeña hazaña: hizo temblar levemente los vasos de sidra sobre una mesa cercana con un golpe de viento.

Ninguno de los presentes en aquella terraza se inmutó.

—Vendrá tormenta —sentenció un viejo, sin levantar la vista de la mesa—. Como cada año por estas fechas.

Frustrada, Mari se rindió y voló de vuelta a su cueva. Después de todo, había olvidado el detalle más

importante de su propio pueblo: a un vasco no se le impresiona fácilmente. Ni siendo diosa. Ni con tormenta incluida.

Ya de vuelta, agotada y frustrada, Mari se dejó caer sobre una roca en su cueva.

Suspiró.

—Bien. El peor plan del universo. Es el único que me queda. —Se dijo para sí misma. Y se puso manos a la obra.

* * *

París dormía bajo una luna temblorosa cuando Mari descendió sobre Notre Dame.

Aterrizó en la azotea con la gracia propia de quien ya había hecho aquello antes, lo cual no era cierto, pero la confianza lo es todo cuando intentas cometer un acto de profanación divina.

Se deslizó entre las sombras de la catedral.

La nave principal estaba iluminada por el brillo trémulo de los candelabros, y el olor a incienso se mezclaba con el aroma característico de las antigüedades. Mari se acercó al altar y se cruzó de brazos, observando el crucifijo con una ceja arqueada.

—No es nada personal, compañero. Pero voy a hacer que todo el mundo hable de mí.

Alzó una mano.

La energía vibró en el aire.

Los vitrales comenzaron a cambiar. Los colores se oscurecieron. Las figuras se retorcieron. Los rostros de los santos desaparecieron. Y cuando la imagen terminó de asentarse, Mari se encontró cara a cara con su propia representación en lo alto del rosetón principal: su túnica roja, sus ojos con el resplandor de un trueno contenido, las manos alzadas como si sostuvieran el peso de la tormenta.

Era majestuoso.

Era poderoso.

Era... demasiado llamativo.

—Vale Mari, esto quizá se te ha ido un poco de las manos —dijo para sí misma—. Pero ya no había vuelta atrás.

Un trueno retumbó en la distancia. Y Mari desapareció.

A la mañana siguiente, el primer monje que entró en la catedral casi se murió del susto.

—¡Santo Dios! —gritó, dejando caer su biblia.

Los demás acudieron y se quedaron petrificados. Los vitrales habían cambiado. La imagen de Mari dominaba el rosetón central, imponente, con la furia de una tormenta atrapada en su mirada de cristal.

El obispo de París fue llamado de urgencia.

Llegó con el ceño fruncido y la sotana aún desordenada. Observó los vitrales en silencio, con la mandíbula apretada.

Finalmente exhaló un largo suspiro.

—Estoy demasiado viejo para estas cosas.

Los clérigos entraron en pánico. A las pocas horas, los nobles temían que fuera una señal de castigo divino, los campesinos decidieron que lo mejor era arrodillarse por si acaso, y los borrachos de las tabernas brindaron «por la diosa esa».

La Iglesia, como no podía ser de otro modo, exigió respuestas.

¿Quién era la mujer del vitral? Se revisaron textos, se consultaron bibliotecas. Hasta que, en un manuscrito olvidado, un monje encontró un nombre.

—Mari... —susurró, con los ojos fijos en la página amarillenta.

Un eco de memoria recorrió la sala. Y en aquel momento, recostada en su cueva bebiendo vino con expresión satisfecha, Mari sintió que volvía a existir.

—Salud por mí.

* * *

Los rumores sobre Notre Dame se esparcieron. Eliminaron su imagen del rosetón, restauraron los

vitrales originales, silenciaron cualquier mención del incidente.

Pero ya era tarde.

La historia ya estaba en movimiento. La gente hablaba de ella. Algunos la llamaban diosa, otros la describían como un espectro, algunos decían que era un espíritu de la tormenta.

No importaba qué versión prevaleciera. Lo importante era que su nombre estaba en boca de los mortales otra vez. Y mientras un solo creyente la recordara... seguiría existiendo.

Mientras, en la Gran Asamblea Celestial, Zeus se pasaba una mano por la cara con expresión agotada.

—A ver si lo entiendo bien... ¿Nos ha metido en un problema una diosa que ni siquiera recordábamos que existía?

Amón-Ra resopló con indiferencia.

—Así parece.

—¿Y qué vamos a hacer con ella?

Visnú se encogió de hombros.

—A estas alturas... supongo que nada.

Finalmente, Zeus dejó caer el pergamino sobre la mesa.

—Que haga lo que quiera. Pero que no vuelva a liarla en Notre Dame.

* * *

Para Mari, su morada ya no era la misma. Las paredes se sentían más firmes, la luz tenía un resplandor dorado y el techo, milagrosamente, estaba restaurado.

Mari alzó su copa con satisfacción.

—A vuestra salud, idiotas.

La tormenta, en algún rincón del mundo, rugió como respuesta.

Y justo en aquel instante, una presencia familiar apareció en la entrada de su cueva.

—Oh, no... Tú otra vez no.

El querubín entró flotando con su eterna expresión despreocupada, sosteniendo su pergamino y su pluma.

—¡Saludos, señora! Pasaba por aquí y pensé que le gustaría saber cuántos seguidores tiene ahora.

Mari sonrió con confianza.

—Venga, suéltalo. Seguro que ya debo tener al menos diez más, ¿verdad?

El querubín parpadeó.

—Bueno... en realidad tiene miles.

Mari dejó su copa a un lado con un gesto lento.

—¿Perdón?

—Sí. Un chico llamado Eki está impulsando el resurgimiento de las antiguas creencias en su realidad de origen. Está consiguiendo atraer nuevos seguidores y la gente está volviendo a hablar de usted.

Mari se incorporó, su expresión pasó del asombro al puro deleite.

—¡Por fin! ¡Era hora de que mi gente despertara! Espera... ¿Qué quieres decir con «también en mi realidad de origen»?

El querubín sonrió con inocencia.

—Ah, sí. Es que, aparte de eso, en otra realidad distinta usted ya tenía miles de fieles desde hace tiempo.

Mari sintió una punzada en el pecho.

—¿Cómo que «otra realidad distinta»?

—Sí, resulta que en una realidad alternativa su nombre ya tenía muchísima fuerza desde tiempos inmemoriales. En esa versión, usted es una de las deidades más mencionadas. Ah, y parece que también le han construido un templo nuevo.

Mari abrió la boca.

La cerró.

La volvió a abrir, sin encontrar palabras.

—¿Me estás diciendo... que mi existencia ya estaba asegurada en otra realidad y no me lo dijiste?

El querubín se encogió de hombros.

—No me lo preguntó.

Un silencio absoluto se hizo protagonista del lugar. Mari apretó los puños.

—Dame... un segundo.

Se levantó con una calma tensa, caminó hasta el borde de su cueva, inhaló hondo...

...y gritó al cielo con una furia que hizo temblar los cimientos de Gamma.

—¡¿PERO POR QUÉ NO ME LO DIJISTE ANTES?!

Los truenos resonaron en el horizonte.

El querubín esperó pacientemente a que su crisis existencial terminara. Luego, con su tono habitual de becario sin interés en ser despedido, enrolló su pergamino y le dedicó una sonrisa.

—Bueno, al menos ahora sabe que es inmortal.

Mari se dejó caer sobre su trono de piedra, cubriéndose la cara con las manos.

—Odio mi vida.

—¿Qué dice?

—¡Que me traigas más vino, maldita sea! ¡Etorri zen!

Y así, entre maldiciones, truenos y un eco de risas celestiales, Mari comprendió la mayor lección de su existencia:

El olvido es caprichoso. Y a veces, todo lo que un dios necesita para sobrevivir... es que alguien, en algún rincón del infinito multiverso, se acuerde de su nombre.